

LA VIDA CONSAGRADA DESPUÉS DEL VATICANO II: UN "SON" DIFERENTE

Inmaculada Egüés

Profesora de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

M^a Teresa Murillo

Profesora del ISTIC, sede de Gran Canaria.

Primera Parte

El Concilio Vaticano II instó a las religiosas y religiosos a un retorno a los orígenes del propio instituto. Manifestó la necesidad de volver a las fuentes. Hacer una relectura de los deseos e intenciones de los fundadores y fundadoras de las órdenes religiosas e institutos a fin de que pudiera darse una criba de todo aquello que con el paso de las décadas desde la fundación, se había ido adhiriendo a sus Constituciones y Reglas sin ser elementos constitutivos de las mismas, sino más bien influencias de lo rutinario y cotidiano del paso de los años, y desde la propia realidad humana y de la sociedad más que desde el Espíritu.

Este deseo, explicitado principalmente, en la *Perfectae Caritatis* y el capítulo VI de la *Lumen Gentium* fue tomado con verdadero entusiasmo por los institutos, congregaciones y órdenes de Vida Consagrada que abrieron sus puertas a una renovación, en ocasiones con temor y temblor, padeciendo cambios, no sin esfuerzo, y deseos de responder en Espíritu y en Verdad a la doctrina y nuevas orientaciones del Vaticano II; pero también con la inseguridad propia de quienes durante muchos años han desarrollado una vida religiosa estable aunque austera, sin poner en duda ninguno de los puntos de sus

Constituciones por muy difíciles que parecieran e inadaptadas que estuvieran ante los nuevos retos de la Iglesia y de la sociedad.

La sociedad de los años conciliares y post-conciliares (1962-1965; y posteriores hasta cerca de la década de los 80), especialmente en España, se dio, tanto en lo social como en lo religioso, un cambio a plataformas que orientaban a un futuro más auténtico, más personalizado, más comunitario y fraterno, más solidario, en definitiva más evangélico. Las religiosas y religiosos del momento miraban al futuro con alegría y confianza mientras trataban de cercenar sus costumbres con el cedazo de la autenticidad y deseos de sus fundadores y orientaciones del Vaticano II yendo hacia un *aggiornamento* que hiciera más palpable el seguimiento a Jesús. Así con las Constituciones y Reglas en una mano y con el Evangelio y los Documentos Conciliares en la otra comenzó una andadura de adaptación a los nuevos tiempos que hoy todavía no ha terminado.

Los *nuevos tiempos* de los años sesenta iniciaban una ruta, un sendero de cambios en la Iglesia y en la Vida Religiosa con la esperanza de conseguir, después de haber aplicado la renovación conciliar a sus Instituciones, una situación estable para otras tantas décadas; sin embargo, se ha visto que tal concepto de renovación, no fue viable; pues los *nuevos tiempos* son un continuo presente que exige una continua adaptabilidad del mensaje evangélico para que sea más comprendido y más iluminador a las circunstancias que vive la sociedad de hoy con su filosofía del *carpe diem*

El concepto de *nuevos tiempos*, en la actualidad está supeditado a los cambios continuos de tipo social, político y económico. De la modernidad hemos pasado en pocos años a la posmodernidad y esto nos ha traído la llamada "sociedad del conocimiento" con el axioma filosófico de los nuevos lenguajes; y los pensadores expresan con convencimiento que en el siglo XXI lo importante no es tanto el saber, como dominar las fuentes de acceso al conocimiento.

Obviamente, los *nuevos tiempos*, para que así sean, han de ser siempre, nuevos, o sea distintos; y no podemos negar que la sociedad que vivimos es cambiante y registradora de muchas novedades que le dan un matiz continuamente nuevo. La mirada al pasado cabe sólo como confrontación con los orígenes y como punto de encuentro con los descubrimientos y adelantos que empujan, a su vez, a nuevos descubrimientos.

En la Vida Consagrada es obligado una referencia en fidelidad a las fuentes de los fundadores y predecesores, pero únicamente para verificar si los caminos seguidos, en continuo desarrollo y servicio a la Humanidad van por la ruta adecuada. Los *nuevos tiempos* a los que hoy nos referimos nos sitúan en una plataforma de búsqueda continuada, de interrogantes sin respuesta fácil, búsqueda de lo adecuado, de lo más solidario, de lo imposible, de lo no acostumbrado, sin llegar a encontrar nada definitivo sabiendo que mañana se abrirá otra puerta a nuevas investigaciones y desde nuevas realidades y necesidades, lo que produce un estado de dinamismo y transición hacia otro lugar, otra idea, otra síntesis y por tanto, y esto es importante, otros caminos, otra vez poco transitados, que ofrecen sorprendentes experiencias y exigen un compromiso y una entrega personalizada e individual –no individualista- abrigada, potenciada y revisada en profundidad con la comunidad religiosa de referencia. Nuevas maneras más ágiles y transparentes que conecten con la experiencia del Maestro y su forma de actuar. Formas muy poco parecidas en lo externo, a las de otros tiempos y fuertemente enclavadas en la práctica evangélica, eterno cimiento de todo cristiano y, en manera más radical, de todo seguidor de Cristo desde los consejos evangélicos.

La Vida Religiosa exige pues, vivir unos *nuevos tiempos* en estado permanente, pues en esta sociedad de ritmo tan estridente y rápido, lo de ayer tenía sentido para ayer; pero hoy, el hoy continuado de los *nuevos tiempos*, nos hace buscar el nuevo formato de vida religiosa que sostenga los principios fundamentales de la fraternidad universal, sintiéndonos hijas e hijos de un mismo Padre-Madre, que potencie el saboreo de la realidad salvífica llevada a cabo por el Hijo, Jesucristo, perdurable, esencial, trascendente, espiritual, eterno. Ahora bien, ¿cómo hablar de lo eterno en un mundo que vive el día a día? ¿Cómo hacerse entender por una sociedad a la que le atrae más el procedimiento que el conocimiento? y sin embargo acuña el término de “sociedad del conocimiento”. Paradojas incontestables que sólo a través de la creatividad, el amor, la entrega generosa y la búsqueda continua se pueden despejar.

El misterio de la Iglesia y del Pueblo de Dios pasa, irremediablemente por la vida cotidiana y como hemos dicho en alguna ocasión con todo convencimiento: Dios no salva en el templo, sino en el tiempo¹, pero el tiempo para

¹ Inmaculada Egüés, *Ignacia de Lara, biografía, obra poética y obra en prosa*, Cabildo Insular de Gran Canaria, Murcia, 2004, p. 181.

nosotros es el hoy que vivimos, y en ese hoy, igual a *tiempo nuevo*, para cada hombre y mujer, hemos de insertar y comunicar la experiencia de la salvación, lo maravilloso del encuentro con Cristo y el compromiso a que ello conduce.

Así, la renovación de la Vida Consagrada y el modo peculiar de vivirla en el presente (permanente), cuya búsqueda comenzó en el Vaticano II está inconclusa (constantemente), y a la espera de que cada uno de los que vivimos, desde ese estilo, nuestro compromiso cristiano, le demos el perfil adecuado a los *nuevos tiempos* sin perder las huellas de Jesucristo a distancia de más de dos mil años; esto, obviamente, exige mucha limpieza en los caminos que transitamos para que lo inútil y pedregoso adherido a la vida religiosa y que ha sido construido a fuer de lo cultural y ambiental no nos confunda ni nos haga perder energías. Hace falta mucha sencillez, acercamiento y creatividad para que este mundo tan prosaico y descreído o según algunos autores con "una creencia difusa" entienda los signos en el tiempo concreto que nos ha tocado vivir y en el que estamos haciendo de nuestra historia, historia de salvación entre todos y para todos. Sin duda, exige un fuerte convencimiento de que lo nuestro es otro "son" que no tiene una sola melodía y cuya partitura polifónica ha de irse completando con las aportaciones del resto de los miembros de la comunidad eclesial y más en concreto, comunitaria, sabiendo que ello es lo que va a dar la novedad a nuestra peculiaridad, puesto que su origen parte de una búsqueda común y una respuesta personal comprometida con la forma de vida de Cristo, que al compartirla, se torna comunitaria en unos tiempos cambiantes y *cada día nuevos*; pues como dice el poeta León Felipe "nadie fue ayer ni va hoy, ni irá mañana hacia Dios por este mismo camino que yo voy. (...) Para cada uno tiene un camino virgen Dios" y esto, combina muy bien con la peculiaridad de la vida religiosa y sus elementos esenciales.

Sabemos que en la Vida Consagrada cuando hablamos de elementos esenciales, no nos estamos refiriendo a la tarea o tareas que realizan los religiosos y religiosas, que a veces son muchas y nos desvían bastante de lo fundamental, nos referimos a la entrega personal que hace resurgir la verdadera realización como mujeres y hombres y llena nuestro corazón de gozo. La reflexión hará que pongamos las tareas en su justo medio teniendo claro que el ejercicio del discernimiento no sólo ha de ser aplicado a pensar qué o cuales tareas son las más convenientes sino abrirnos a la Palabra del Padre y decir, como Samuel "habla Señor que tu siervo escucha"². Búsqueda de los deseos

2 1^a Samuel 3, 10

de Dios y apertura a su mensaje que los hemos de hallar en el encuentro con Él y en el análisis de la realidad, sabiendo finalmente, que “siervos inútiles somos y no hemos hecho más que lo que teníamos que hacer”³. El religioso, la religiosa lo que más ha de desarrollar es la escucha a Dios y a su voluntad y esto, en la sociedad de hoy hay que hacerlo con un oído puesto en la terminal de Dios y con otro en la terminal de nuestro mundo. No siempre se ve con clarividencia la forma de actuar, no siempre se tiene una última palabra, es más tendríamos que decir que muy pocas veces, casi nunca; muchas veces, las inquietudes, los caminos, el planteamiento de los problemas que se presentan sobrepasan a nuestras soluciones, los hombres y mujeres que integran la vida religiosa no tienen “a priori” la fuerza para llevar a cabo una transformación radical del mundo, hemos de aceptar que nuestra propia pobreza comienza ahí. No somos los salvadores y salvadores de la humanidad, no arreglamos todos los problemas, no tenemos ni tantos recursos, ni tanta fuerza. Quizá hemos invertido el mensaje pues nosotros predicamos a un Cristo y éste crucificado⁴, y en nuestra debilidad, está nuestra fuerza. Este realismo de pobreza será lo que manifieste que somos uno más formando parte del pueblo de Dios en búsqueda común con quienes caminan con nosotros. Este convencimiento de ser limitado nos urge a estar atento a lo que sucede a nuestro alrededor, para iluminarlo con la Palabra, compartiendo la suerte de todos y todas. Está, quizá, sea una buena manera de ejercer la profecía.

Segunda Parte

La vida religiosa es algo que según el concilio Vaticano II pertenece a la vida misma de la Iglesia (Lumen Gentium, 43) y se le atribuye al Espíritu. Esta afirmación, llena de contenido, enriquece a la Iglesia y confirma la necesidad de este modo de vivir tan próximo a la vida de los primeros discípulos y tan dependiente del Espíritu, pues en el mismo número se lee la vida religiosa es un carisma, “un don divino que la Iglesia recibió del Señor”. Obviamente, los dones de Dios recibidos son siempre ordenados al servicio de los demás, y por esta razón, la vida religiosa alcanza su pleno sentido desde la donación, desde el servicio a los hermanos y hermanas, desde la opción radical por quienes tienen mayores pobreza y necesidades y son más perseguidos, desde la entrega generosa, desde la vivencia y puesta en práctica de las bienaventuranzas, desde la fe en Cristo Resucitado.

3 Lucas 17, 10

4 1^a Corintios 1, 23

Todos conocemos que los orígenes de la vida religiosa están en el siglo III y principios del IV y surge por la necesidad de retomar el ideal primero de una vida cristiana en decadencia⁵. Y es a principios del siglo IV cuando la Iglesia, por recuperar el brillo de los primeros siglos, algo opaco por la nueva y más estable situación histórica a causa de la paz constantiniana, busca esa vivencia evangélica profunda de la que surgen los monacatos y posteriormente otras formas de Vida Religiosa. No era la restauración de las formas, algo deterioradas, solamente lo que perseguían los primeros monjes, sino la continuación de la vivencia cristiana en su más alto grado. Llevar a cabo el ideal de los Hechos de los Apóstoles, capítulo II "compartían todos sus bienes y no tenían más que un solo corazón y una sola alma". pero cada uno de acuerdo al carisma que de Dios haya recibido. Todos los cristianos hemos sido llamados a la santidad, y algunos han oído la llamada a formar parte de los que lo dejan todo por caminar tras Él aceptando totalmente su modo y estilo. Cada cristiano recibe distintos dones pero todos para el servicio de la Comunidad⁶. La Vida Religiosa, por tanto está "llamada a ser lo que la Iglesia está llamada a ser"⁷. Pero en definitiva, la vocación de todo cristiano es seguir a Cristo, identificarse, conformarse con Él. La Constitución *Lumen Gentium* en el n^o 41 dice:

Una misma es la santidad que cultivan en cualquier clase de vida y de profesión los que son guiados por el Espíritu de Dios y obedeciendo a la voz del Padre, adorando a Dios Padre en espíritu y en verdad, siguen a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, para merecer la participación de su gloria. Según eso, cada uno, según los propios dones y las gracias recibidas, debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva que enciende la esperanza y actúa por medio de la caridad.

Y en el n^o 42 sigue diciendo:

La santidad de la Iglesia se fomenta también, de manera especial, en los múltiples consejos que el Señor propone en el evangelio para que los observen sus discípulos, entre los que descuellan el don precioso de la gracia divina que el Padre da a algunos (cf. Mt. 19,11; 1^a Cor. 7,7), de entregarse más fácilmente sólo a Dios

5 Jesús ALVAREZ GOMEZ, *Por qué y para qué los religiosos en la Iglesia*, Instituto Religioso de Vida Religiosa, Madrid, 1979, p. 43-49.

6 Cf. 1^a Corintios 12, 4-7

7 *Ibid.*, p.37

en la virginidad o en el celibato, sin dividir con otro su corazón (cf. 1^a Cor. 7,32-34),

Dos párrafos más adelante en el mismo número dice: “Quedan pues invitados y aun obligados todos los fieles cristianos a buscar la santidad y la perfección de su propio estado”.

Pero tendremos que seguir leyendo unos números más adelante para redondear la imagen que de la Vida Consagrada nos propone el Concilio Vaticano II. El número 44 de la LG. dice:

“Por los votos o por otros sagrados vínculos análogos a ellos a su manera, se obliga el fiel cristiano a la práctica de los tres consejos evangélicos, (...) tienen la virtud de unir con la Iglesia y con su misterio de una manera especial a quienes los practican, (...) por consiguiente la profesión de los consejos evangélicos aparece como distintivo que puede y debe atraer eficazmente a todos los miembros de la Iglesia a cumplir sin desfallecimiento los deberes de la vocación cristiana (...) y en este mismo estado imita más de cerca y representa perpetuamente en la Iglesia aquella forma de vida que el Hijo de Dios escogió al venir al mundo para cumplir la voluntad del Padre y que dejó propuesta a los discípulos que quisieran seguirle”.

Por otro lado y como ratifica la Exhortación Apostólica de Juan Pablo II *Vita Consecrata* “La Iglesia que ha recibido de Cristo un mensaje de liberación, tiene la misión de difundirlo proféticamente” (n. 57), y es aquí donde nos hemos de fundamentar para que en fidelidad a este mensaje consigamos afrontar los retos que el mundo de hoy lanza a la iglesia y a la vida religiosa.

Ya tenemos pues, subrayados los principales elementos que configuran la Vida Consagrada y esto queda enriquecido con las citas evangélicas a las que hemos hecho referencia. Sin embargo vamos a terminar este escrito volviendo a la idea de las páginas anteriores. La Vida Religiosa ha de ser testigo viviente del mensaje evangélico en los *nuevos tiempos*; nuevos tiempos que cada día nos sorprenden y nos han de mantener “en vela” para encontrar en cada momento las formas más adecuadas, lo conveniente, lo que conduce sin rodeos al amor de Dios, lo que explica con claridad la salvación universal hecha en Jesucristo, ha de manifestar con claridad la opción por Cristo de quie-

nes decimos ser sus radicales seguidoras y seguidores, ha de potenciar lo que en definitiva renueva la esperanza hacia un futuro escatológico prometido desde el principio de los tiempos.

Esto obviamente lleva consigo el discernimiento personal y comunitario, discernimiento imprescindible para contestar a los interrogantes que cada día nos hace la vida. Un discernimiento que envuelto en la oración y comunicación con Dios nos aproximará al acierto, dejándonos de nuevo en la duda, para obligarnos a discernir de nuevo. No hay discernimiento inamovible. Por propia definición el discernimiento es dinamismo, es búsqueda, es preocupación por lo mejor, por lo importante, por lo conveniente, por lo que se necesita y el discernimiento, obviamente, lleva a la opción.

Así, pues, la renovación de la Vida Religiosa a los *nuevos tiempos* está inconclusa como inconclusos son los *nuevos tiempos* que después de la Resurrección y en continuo dinamismo vivimos, vive la iglesia Pueblo de Dios rescatado por Cristo; lo que nos exige que aferradas al evangelio, pongamos la mirada en los millones de seres humanos que todavía no experimentan, no disfrutan la Salvación y les hagamos partícipes de nuestra gozosa experiencia buscando, cada día y en cada situación, las vías de comunicación evangélicas reconocibles que conduzcan nuestras vidas por los caminos de Dios y de los hombres y mujeres de nuestro tiempo; mujeres y hombres de hoy, que con su trabajo y búsqueda llenan de contenido los *nuevos tiempos* que nos toca vivir a cada generación en la línea eterna e interminable de la salvación.

Inmaculada Egüés / M^a Teresa Murillo (Dominicas S.F.)

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ GÓMEZ, Jesús, *Historia de la vida religiosa III*, Madrid, Publicaciones Claretianas, 1990.

CASTILLO José María, *El futuro de la vida religiosa*, Madrid, Trotta, 2003

EGÜÉS OROZ, M^a INMACULADA, *Ignacio de Lara, Perfil biográfico. Obra poética y obra en prosa*. Cabildo Insular de Gran Canaria, Murcia, 2004.

GARCÍA PAREDES, José C. R., *Teología de la vida consagrada*, Madrid, BAC, 2000.

MARDONES, José María, *La transformación de la religión*, PPC, Editorial, Madrid, 2005.

QUINZÁ LLEÓ, Xavier, *Pasión y radicalidad*, Madrid, Ed. San Pablo, 2004.

TELLO INGELMO, N, *Teología despierta de la vida consagrada*, Ed. San Pablo, Madrid, 1994.

VV. AA. "Encrucijadas de la Vida Religiosa Apostólica" en *Sal Terrae*, Santander, 2005.